

COMPASIÓN: del yo enclaustrado al nosotros condoliente y compasivo.

El yo aislado nada es. Abierto al Tú divino se halla a sí mismo y se descubre, con-doliente, en el encuentro con su prójimo. El nosotros que resulta de ese encuentro con el semejante se hace fecundo si se conjuga en términos de compasión; compasión genuina que nace a la sombra del hacer compasivo de Dios en la cruz de Cristo, y que sacude el corazón de quien la recibe, para multiplicarse a otros y desde otros como un caudal creciente de efecto sanador.

I. ¿QUIÉN ES EL (HIJO DEL) HOMBRE?

Afirmamos a la luz de la Palabra de Dios que Jesús-hombre es la fuente de nuestro conocimiento acerca de la naturaleza del ser humano creado por Dios

(K. Barth). Parafraseando el texto bíblico podemos oír a Jesús decir: “quien me ha visto a mí ha visto al verdadero ser humano.”^[1] Jesús es el prototipo, el único hombre que representa perfectamente lo que Dios quería que fuera el ser humano que Él creó.

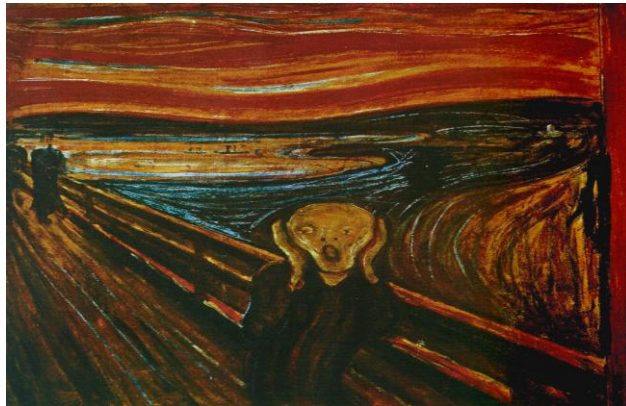
Su vida fue vivida al modo ideado por Dios, y fue en esencia una vida de apertura a los demás, una vida de servicio basado en la compasión. Podemos llamar a Jesús “el Señor” pero también “el Compasivo”. Jesús, sacudido por la compasión, veía las multitudes “desamparadas y dispersas como ovejas que no tienen pastor” (Mt.9,36). Jesús por compasión predicó, por compasión alimentó (Mt.15,32), por compasión sanó (Mt.14,14). El verbo griego (splagnizomai) es muy expresivo: Jesús vivió así ante los hombres porque “se le conmovían las entrañas” (Mr.1,41; Mt.20,34; Lc.7,13).

La compasión está en la esencia del carácter de Jesús, está en la esencia del Padre y por eso está en la esencia del Evangelio (Jn.3,16). Dios nos mira en nuestro pecado y nuestra culpa y se compadece de nosotros. Su mirada hacia todos los seres humanos sin excepción, es una mirada compasiva. Dios miró a Israel y se compadeció: “¿Cómo podré abandonarte, oh Efraín? ¿Te entregaré yo, Israel? ¿Cómo podré yo hacerte como Adma, o ponerte como a Zeboim? Mi corazón se

conmueve dentro de mí, se inflama toda mi compasión.” (Os.11,8). Dios mira al ser humano y se compadece: “el Señor se compadece según las multitudes de sus misericordias; porque no aflige ni entristece voluntariamente a los hijos de los hombres” (Lam.3,32b-33); Dios se compadece como un padre: “Como el padre se compadece de los hijos, se compadece el Señor de los que le temen. Porque él conoce nuestra condición; se acuerda de que somos polvo” (Sal.103,13-14; Sal.135,14). Dios se compadece como una madre: “¿Se olvidará la mujer de lo que dio a luz, para dejar de compadecerse del hijo de su vientre? Aunque olvide ella, yo nunca me olvidaré de ti.” (Is.49,15; 54,8b-11).

Jesús, ya hemos dicho, encarna la compasión divina: “No tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades” (Heb.4,15). Y así predicán de Él los apóstoles: “el Señor es muy misericordioso y compasivo” (Stg.5,11).

Ecce Homo: Jesús, el Compasivo.



II. ¿QUIÉN SOY YO?[2]

En el principio fue la relación. Dios es Dios-en-relación consigo mismo en las tres personas de la Trinidad. Creado a su imagen y semejanza, el ser humano es esencialmente ser-en-relación. Cuando decimos “persona” decimos relación, una relación yo-tú que es diálogo constituyente (M. Buber). Así el vivir del yo es un con-vivir y la afirmación de su ser se define como “apertura constitutiva”.

Cabe hacer, pues, una descripción de la persona más rica que la propuesta del individualismo. Si establecemos un paralelismo imaginario con los casos gramaticales [3], podríamos decir que lo originario de la persona no es el “yo” en nominativo, en primera

persona, el “yo pienso, luego existo”, sino el **vocativo** (apelación), es decir, la petición, el ruego.

El ser humano es el más indefenso de la creación y sólo puede subsistir tras su nacimiento en absoluta dependencia de otros. Por eso, al mismo tiempo que el vocativo aparece el **genitivo** (complemento del nombre), el “de”, de dónde; un tú el cual le acoge a modo de génesis o comienzo. Si el vocativo es relación en forma de petición, el genitivo es relación en forma de respuesta cordial.

El **dativo** (objeto indirecto), por su parte, resulta de una adecuada relación vocativo-genitivo. Quien experimenta ese flujo de doble sentido en su propia existencia, la trasladará alrededor en términos de “para ti”, un ejercicio de donación dando y dándose a sus semejantes.

El dativo, a su vez, cuando no acepta límites o excepciones, se convierte en **ablativo** (complemento circunstancial): una actitud dativa, un dativo hecho hábito vital “en todo tiempo y lugar”.

Sólo ahora, al final del recorrido, cabe mencionar al **nominativo**(sujeto) porque el nombre de la persona a estas alturas se ha hecho amor, no mero “yoísmo egoísta”. “El amor es el nombre de la persona” (santo Tomás). Decimos amor no en el sentido melifluido propio del sentimentalismo estéril, ni de un amor que “se hace” y se deshace reducido a sexualidad. Decimos amor como “una voluntad de promoción mutua que une a las conciencias en una comunidad existencial.” (M. Nédoncelle).

Para el cristiano, este existir-en-amor es eco necesario de ser amado por Aquel que es amor (1ªJn.4,8) y ser transformado en Su amor. Por eso halla el fundamento del valor del yo fuera de sí mismo, fundado en el amor que Dios nos obsequia en absoluta gratuidad. Por eso decimos: “soy amado, luego existo”.^[4]

Ese nominativo enamorado expulsa un único caso, el **acusativo**(objeto directo), que surge cuando el yo-y-tú se vuelve yo-sin-ti y finalmente yo-contra-ti (no casualmente Satanás es el acusador, Ap.12,10). Habiendo sido creado por el Dios de amor compasivo, el hombre no puede ser ajeno a ninguno de sus

semejantes: “Al saberse originado de un puro gesto de amor, no será fiel a su modo de ser sino permaneciendo en disposición de amor; en disponibilidad hacia los otros, en los que ha de reconocer la misma absoluta validez que a él le incumbe como ‘imagen de Dios’.”[5] Dicho en términos bíblicos: Por tanto: “sed todos de un mismo sentir, compasivos, amándoos fraternalmente, misericordiosos, amigables.” (1ªP.3,8).

III. ¿QUIÉN ERES TÚ?

El párrafo anterior nos sitúa frente al otro en disposición inexcusable de “hacernos cargo” de él, cuyo rostro suplica: “¡favorézcame!”. El otro es una “vulnerabilidad extrema” (Emmanuel Lèvinas) que me reclama como Job reclamaba a sus amigos: “¡Oh, vosotros mis amigos, tened compasión de mí, tened compasión de mí! (19,21). El otro cuando clama nos reclama: “Cuando me mires, compadécete de mí”.

La sola presencia del otro ante mí se traduce en ruego, y su ruego en mi responsabilidad. “De hecho, se trata de decir la identidad misma del yo humano a partir de la responsabilidad, es decir, a partir de esa posición o de esa deposición del yo soberano en la conciencia de sí, deposición que, precisamente, es su responsabilidad para con el otro. La responsabilidad es lo que, de manera exclusiva, me incumbe y que, *humanamente*, no puedo rechazar.”[6]

El pensamiento griego dio a luz el concepto restrictivo de “ciudadano”, del que mujeres, extranjeros o esclavos quedaban excluidos. Nunca produjo nada parecido al concepto hebreo de prójimo, semejante mío del que soy compasivamente responsable, y que amparaba incluso al extranjero acogido en Israel.

“No juzgues a tu prójimo por su culpa júzgale por su dolor”. Esa es la mirada más valiosa con la que acercarnos a cualquier persona; es la mirada con que Dios nos mira a diario. Esa mirada no desespera de nadie y genera compasión por todos.

IV. ¿QUÉ ES LA COMPASIÓN?

La compasión (del latín *cumpassio*, traducción del vocablo griego *sympathia*) significa “sufrir juntos”, una emoción humana que se manifiesta a partir del sufrimiento del otro que no es sólo entendimiento del estado del otro sino verdadero compromiso práctico por aliviar su sufrimiento: decir-tú separado del dar-al-tú, es algo etéreo (Lèvinas).

La compasión es uno de los nombres del amor, un nombre poco espectacular pero síntoma definitivo del estado de nuestro ser como ser-en-relación, como ser-en-relación-con-el-Dios-de-la-compasión: “Los hombres sólo se aman con amor espiritual [a diferencia del amor carnal, que “hacen”] cuando han sufrido juntos un mismo dolor, cuando araron durante algún tiempo la tierra pedregosa únicos al mismo yugo de un dolor común. Entonces se conocieron y se sintieron, y se consintieron en su común miseria, se compadecieron y se amaron. Porque amar es compadecer, y si a los cuerpos les une el goce, úneles a las almas la pena. (...) La compasión es, pues, la esencia del amor espiritual humano, del amor que tiene conciencia de serlo, del amor que no es puramente animal, del amor, en fin, de una persona racional.”[7]

El dolor nunca es bienvenido en primera instancia pero la apertura al dolor es dolorosamente útil en el desarrollo personal y aún más en el proceso de madurez del cristiano. “El hombre es un aprendiz, y el dolor es su maestro; nadie se conoce a fondo hasta que no ha sufrido. (...) el creyente que sufre no es un hombre al que Dios ha herido, es un hombre al que Dios ha hablado.”[8]

La apertura compasiva al dolor ajeno es una extensión de esa verdad. Dejarnos interpelar por el dolor ajeno tiene la virtud, entre otras muchas, de ayudarnos a reconocernos a nosotros mismos. No sólo es cierto el “duele, luego existo” (Kierkegaard); cabe ir más lejos hasta el “me dueles, luego existo” y por generalización “con-dolemus, ergo existimus” [9]; condolencia verdadera es siempre con-dolerse. Sólo así rescatamos del anonimato al doliente y nos hallamos nosotros mismos.

En la estela de la parábola del Buen Samaritano (Lc.10,25-37), podemos entender la compasión como un proceso que acontece en tres momentos consecutivos y complementarios: reconocimiento de la

persona sufriente (momento del *ir* y del *ver*, que sólo es posible desde el cultivo de la sensibilidad), responsabilidad ante la persona sufriente (momento del *quedarse* responsablemente, estableciendo morada donde habita el sufrimiento), y cargar con la realidad de la persona sufriente (momento del *salir*, acompañando al otro en su proceso de sanación).[10]

En última instancia un carácter compasivo (y no sólo actos de compasión) es huella viva en el ser humano del Espíritu del Dios de toda compasión. Cabe esperar que quienes viven cerca de Él, adoptados como hijos tras prodigios extraviados, reflejen en su propia vida un cierto “aire de familia” en su carácter a semejanza del Padre, conforme al ejemplo del Hijo, por el poder del Espíritu (Gál.5,22-23).

V. COMPASIÓN TERAPÉUTICA

“La compasión es la empatía en estado más puro” [11] y se traduce siempre en acción práctica, gesto concreto; la compasión supone “tomar partido” por quien sufre y actuar en consecuencia, “poner el corazón en las manos” (Camilo de Lelis). Podemos, pues, hablar de “empatía compasiva” (Carl Rogers) y definirla como el arte de “leer” emocionalmente a las personas, un elemento central en toda relación de ayuda.

La compasión siempre produce un efecto benéfico y es importante subrayar este hecho para evitar el desaliento de quien la ofrece, cuando parece ser mal entendida y peor recibida por parte de quien más la necesita, aunque su alma la reclame a gritos. Resulta conmovedora y reveladora esta declaración anónima: “Por eso necesito constantemente / crear una máscara que me oculte, / una imagen pretenciosa que me proteja / de la mirada perspicaz. / Pero precisamente esa mirada es mi salvación. / Mi única salvación. Y yo lo sé. / Más cuando viene acompañada de la aceptación, del amor, / entonces se convierte en lo único / que puede librarme de mí mismo, / del mecanismo de barreras que he levantado; / lo único que puede asegurarme de algo / de lo que no logro convencerme a mí mismo: / de que en verdad tengo algún valor. / (...) Tengo miedo, en el fondo, de no valer nada, / y de que tú te des cuenta y me rechaces. / (...) Por favor, tiéndeme tu mano, / aunque parezca ser lo último que deseo. /

Tan solo tú puedes sacar a la luz mi vitalidad: / siempre que eres amable, atento y solícito, / siempre que tratas de comprender, / porque me quieres, / mi corazón palpita y renace. / Quiero que sepas lo importante que eres para mí / y el poder que tienes de hacer emerger la persona que soy. / Basta con que quieras. / (....) ¡No me ignores, por favor, no pases de largo! / Ten paciencia conmigo. / A veces parece que, cuanto más te acercas, / tanto más me rebelo contra tu presencia. / Es algo irracional, pero es así: / lucho contra lo que necesito. / ¡Así es a menudo el ser humano! / Pero el amor es más fuerte que toda resistencia, / y ésta es mi esperanza. / Mi única esperanza.”[12]

Conviene recordar que “nadie puede ayudar sin sentirse comprometido de algún modo, sin entrar con toda su persona en la situación penosa, sin hablar del peligro de ser dañado, herido o incluso destruido en el proceso.”[13] De otro modo, el ayudador corre el riesgo de convertirse en un “corazón duro”, caer en el cinismo y la burla más o menos sutiles: un “mirar los toros desde la barrera”, una actitud de distancia permanente con los sentimientos del otro.

La figura del “sanador herido” es el arquetipo de la relación de ayuda. Frente al falso mito del *superman* que puede ofrecerse a sí mismo como modelo, el sanador herido nos ofrece la imagen de un hombre que puede convertir sus propias heridas en fuente de curación. Es un ayudador cuyo servicio se percibe como auténtico y eficaz porque se ofrece en su vulnerabilidad, sacudido por la misma debilidad que sufre el ayudado. En palabras de Unamuno: “Los hombres encendidos en ardiente caridad hacia sus prójimos, es porque llegaron al fondo de su propia miseria, de su propia aparencialidad, de sus naderías, y volviendo luego sus ojos así abiertos, hacia sus semejantes, los vieron también miserables, aparienciales, anonadables, y los compadecieron y los amaron.”[14]

- [1] Veli-Matti Kärkkäinen: "The Human Prototype". In *Christianity Today*. January, 2012.
- [2] Cfr. Emmanuel Buch: "Valores (mínimos) y testimonio cristiano". Madrid, 2009
- [3] Cfr. Carlos Díaz: *Soy amado, luego existo. Volumen I: yo y tú*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 1999. Pgs.103-156. *¿Qué es el personalismo comunitario?* Madrid: Fundación Emmanuel Mounier, 2002. Pgs. 95-105.
- [4] Cfr. Jean Lacroix: *Fuerza y debilidades de la familia*. Madrid: Acción Cultural Cristiana, 1993. Pg. 68. Existe una edición anterior española del mismo libro, Barcelona: Fontanella, 1962. Título original: *Force et faiblesse de la famille*, 1948. Cfr. Carlos Díaz: *Soy amado, luego existo*. 4 volúmenes. Bilbao: Desclée de Brouwer, 1999-2000.
- [5] Juan Luis Ruíz de la Peña: *Muerte y marxismo humanista. Aproximación teológica*. Salamanca: Ediciones Sígueme, 1978. Pgs. 200-201.
- [6] Emmanuel Lévinas: *Ética e Infinito*. Madrid: Visor, 1991. Pgs. 95-96.
- [7] Miguel de Unamuno: *Del sentimiento trágico de la vida*. Madrid: Espasa-Calpe, 1980. Pg. 129.
- [8] Carlos Díaz: *Y porque me dueles te amo*. Madrid: Fundación Emmanuel Mounier, 2012. Pg. 54.
- [9] Carlos Díaz: *Y porque me dueles te amo*. Op. Cit. Pg. 43.
- [10] L.A. Aranguren: "Compasión". In *Diccionario de pensamiento contemporáneo*. Madrid: Ediciones San Pablo, 1997. Pgs. 197-8.
- [11] José Carlos Bermejo: *Empatía terapéutica. La compasión del sanador herido*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 2012. Op. Cit. Pg. 63.
- [12] José Carlos Bermejo: *Empatía terapéutica*. Op. Cit. Pgs. 26-28.
- [13] Henri J.M. Nouwen: *El sanador herido*. Madrid: PPC, 2000. Pg. 90.
- [14] Miguel de Unamuno: *Del sentimiento trágico de la vida*. Op. Cit. Pg. 130.